

## RELATOS



FRANCISCO ACEDO

---

*De Francis Acedo poco vamos a contar que no se sepa. La calidad de sus textos está fuera de toda duda y su genio creativo es absolutamente admirable. Autor teatral y poeta de alturas, tampoco desmerecen nada sus prosas de todo tipo. He aquí un sencillo ejemplo en el ingenioso monólogo de una dama de hace nada menos que dos siglos.*

### OLAS SOBRE EL CANAL<sup>1</sup>

#### Lady Smith

Un lejano día fui Juana María de los Dolores de León, pero de eso hace ya tanto tiempo que parece que casi lo he olvidado, desde el momento en que un joven capitán británico me apartó la mantilla de la cara y me enamoré de él, o él quizá se enamoró de mí, o quizá nos enamoramos el uno del otro. Nunca se sabe qué puede suceder en una guerra y a mí todo me cambió desde aquel momento en el que era casi una niña y todavía me llamaba Juana María de los Dolores de León y lo único que poseía era el ser descendiente de aquel Juan Ponce de León que cruzó el Océano y partió de Higüey buscando Borinquén y más tarde acabó descubriendo la Florida, donde quiso hallar Cíbola, las Siete Ciudades de Oro y la Fuente de la Eterna Juventud. Todo, mientras

---

<sup>1</sup> Monólogo estrenado (en unión de otros tres) el 1 de septiembre de 2016 dentro de la Noche en Blanco de Badajoz en un montaje producido por LCA.

tanto, era horror y desolación en aquella ciudad llamada a ser -desde siglos- campo de batalla regado de sangre. Nunca volví a ver Badajoz, porque quise seguir a mi marido allá donde fuera, ese gallardo capitán cuyo par de ojos negros poseían todo el fuego de una aparición, y ahora, desde mi retiro en Hastings, mirando el Canal de la Mancha, intento recordar esa ciudad tan lejana en el tiempo y el espacio y todo lo veo borroso y distorsionado, ahora que ya no soy Juana María de los Dolores de León, sino Lady Smith y, por un azar del destino, vivo en el mismo lugar que la exiliada Emperatriz Eugenia de Montijo, la viuda de Napoleón III, el sobrino de aquel otro Napoleón contra el que mi marido combatió. Ya somos simplemente dos ancianas a las que nos une la sangre española, el haber seguido a nuestros maridos con todas las consecuencias (quizá tuvimos bastante más que ganar, especialmente en mi caso) y la amistad con la Reina Victoria. Demasiadas cosas han sucedido en estas décadas y cuando encuentro a la Emperatriz reconozco que me cuesta trabajo hablar en castellano, después de una vida fuera de las Españas, pero me rejuvenezco, me miro en el espejo y veo nuevamente la joven que un día fui, vestida de blanco, a la moda de la Regencia y que crucé el mundo al lado de un apuesto oficial de meteórica carrera, Henry George Wakelyn Smith, al que todos llama-



*Juana Ponce de León (Lady Smith)*

ron Harry. Todos menos yo, para mí era Enrique y bien podrían transcurrir los años fuera de la tierra en que nací, que así lo seguí llamando hasta el último instante, cuando exhaló su aliento entre mis brazos y yo repetía su nombre, forzando la erre, como a él le gustaba, desde que nos casamos en 1812, en aquel Badajoz que sufría su cuarto asedio, donde diez años de edad nos separaban y mi hermana se acercó a él suplicando auxilio porque ya nada teníamos, ni pendientes siquiera, como mostraban mis rasgados y sangrantes lóbulos. Intento recordar Badajoz, y sólo veo baluartes, nadie puede ya ayudarme a reconstruirla ni mentalmente, porque mi familia rompió lazos conmigo cuando me convertí a la fe anglicana y amigos ninguno me queda: salí del convento con catorce años y, desde ese momento en que contraí matrimonio con Enrique, la guerra primero y su carrera política después fueron los lugares donde trabé amistades y ninguno fue ya español. Me negué a ir a Inglaterra junto a la familia de Enrique, yo quería estar para siempre al lado de mi apuesto oficial de granate casaca y escuchar cómo me llamaba Juanita, con ese castellano vacilante que aprendió en su cautiverio. Juanita Smith era entonces mi nombre, y dormí al raso, junto a los soldados, compartiendo el rancho de la tropa, las estrecheces de la milicia, las privaciones de aquéllos que combaten en la guerra. Wellington tomó especial afecto por mí, se diría que me veía como una especie de mascota, como una extraña mujer de ésas que sólo se dan en las Españas, fuertes a base de privaciones y de luchas, de salir adelante y querer sacar adelante a la familia. Yo sólo deseaba estar siempre al lado de mi Enrique, por eso el momento más duro de toda mi existencia hasta su muerte fue cuando me dijeron que había caído en combate y, desesperada, corrí al campo de batalla en su búsqueda sin que nadie pudiera detenerme. Cuando lo encontré malherido comencé a llorar de alegría golpearlo con mis puños, mientras le decía que jamás le perdonaría que me dejara. Al terminar las guerras de Europa Enrique fue ascendiendo militarmente y comenzó su carrera política y administrativa, que nos llevó, en un primer momento a Jamaica, como si Juan Ponce de León me llamara y de ahí a Sudáfrica, allí descubrí las aguas turquesas del Índico, tan distintas del Atlántico, con cuyo tono ahora mis pupilas colorean las olas del Canal, que no deseo ver grises. De ahí a la India, donde Enrique se destacó en la Batalla de Aliwal y por ello en 1846 la Reina Victoria, creó para Enrique el título de Baronet Smith de Aliwal en Punjab, título que moriría con él, porque no tuvimos descendencia. Pocas veces hablábamos de ello, quizá no hablamos nunca, en realidad, pero Enrique quiso que nada me faltara tras su muerte, lejos de mi Extremadura, de mi familia que me repudió, sin hijos y mujer cualquier cosa podría haber sido de mí. En 1848, Enrique consiguió que el Parlamento me concediera una pensión de quinientas libras por la ayuda prestada a mi marido en sus servicios al país. Sería yo quien hubiese pagado por estar siempre al lado de mi militar y que nunca esa pensión la hubiese cobrado, con tal de haber tenido para siempre a Enrique conmigo y no pasear mi viudez desde Belgravia hasta esta Hastings donde mi mirada se pierde en las olas del Canal, intentando llegar más allá de los Océanos que jamás soñé conocer. De esa India llena de color y aromas indescriptibles, volvimos a mi amada Sudáfrica, donde Enrique desempeñó el cargo

de Gobernador de Ciudad del Cabo. No sé si se puede amar una tierra más de lo que yo he amado ésa, pese a haber vivido la Guerra de los Boers, pero mi pasión por ese extremo septentrional de África no tiene comparación con ningún otro, allí no sé si fui más feliz que en otras partes, pero sí sé que fui yo misma. Bautizaron con el nombre de Enrique una ciudad, Harrismith y con el mío dos, Ladysmith, no sé si merezco tal honor, pero me alegra pensar que mi nombre estará para siempre ligado a esa tierra de mi alma e incluso más allá, porque bravos soldados canadienses que lucharon en aquella guerra bautizaron otra ciudad en la Columbia Británica, lugar que desconozco, con el mismo nombre. En 1840 partimos de allí y aún recuerdo el llanto de los nativos a las puertas del palacio, que hicieron que demoráramos nuestra partida hacia Inglaterra por insistencia mía a Enrique. Ni siquiera cuando el Zar Alejandro me invitó a cabalgar a su lado para pasar revista a las tropas del Duque de Wellington sentí un honor mayor que el que aquellas gentes me estaban profesando, o cuando la Reina Victoria nos envió a Enrique y a mí a Lisboa para hacerle entrega de las insignias de la Orden de la Jarretera a su sobrino el Rey Dom Pedro V. Pero todo eso pasó, toda mi vida se detuvo cuando Enrique murió y se enterró con toda la pompa que un Teniente General de Su Graciosa Majestad Británica merece y yo decidí apartarme de todo, porque nada ya tenía sentido, alejándome de la bulliciosa vida londinense e intentando descansar en Hastings y su benigno clima, que en nada se parece al de Jamaica, al de la India, al de Sudáfrica o al de Badajoz, ése que dejé con catorce años, y que intento recordar ahora cuando los cansados ojos de Lady Smith intentan teñir de turquesa índica las grisáceas aguas del Canal de la Mancha.

